



## VII.

### CÓMO EMPEZÓ.

**E**NVUELTO en una bata de rayas blancas y verdes, con zapatillas de terciopelo azul bordadas de oro, en los pies, y cubierta la cabeza con un gorro de la misma materia y del propio color que las zapatillas, hallábase don Gonzalo afectadamente reclinado en el sofá de la sala de su casa, con su eterna sonrisa en los labios y los ojos puestos en Lucas, que había ido á visitarle y estaba sentado á su izquierda.

Y decía el maligno cojo, continuando su conversación:

—Aquí, como en todas partes, el sentido moral está pervertido; la fuerza se halla en la rutina; el prestigio en la ignorancia... en el absurdo; el progreso lucha siempre con las preocupaciones; lo viejo impera, lo nuevo se traduce en locura ó en maldad...

—¡Por ahí le duele, camará!—exclamó don



Gonzalo, después de aprobar con el gesto cada palabra de su amigo.

—¡Pues si salta á la vista!—continuó Lucas, —y usted mismo es el vivo testimonio de esta verdad. Usted, nacido en Coteruco; hombre que ha vuelto á él después de haber adquirido la ciencia del mundo, la savia de los nuevos tiempos (*don Gonzalo saludó*); que se ha identificado con el progreso actual; que ha fundido sus ideas en el crisol de la libertad (*otro saludo de don Gonzalo*); que ha inaugurado su establecimiento entre sus convecinos derramando el oro y embelleciendo el pueblo con atrevidas construcciones ajustadas al gusto de la época ¿qué consideraciones goza aquí? ¿No sigue llevándose las todas un filántropo ambicioso, un reaccionario ignorante?

—Le diré á usted, señor don Lucas—interrumpió don Gonzalo, aunque satisfecho del rumbo que tomaba el asunto, un poco perplejo por lo que iba teniendo de personal;—como no me he propuesto... ¿está usté? tirar chinitas á nadie para ver quién es más guapo, dejen correr las cosas... ¿me entiende? que otro viso tomaran si yo fuera tentado de la vanidad y dijera á estas gentes: «aquí está un hombre.» Porque, camará, á quien tanto ha visto y tanto papel ha hecho, ¿qué le va á ensalzar el arrumaco de cuatro *guajiros*?

—Concedido, señor don Gonzalo; pero eso, que honra mucho á la ilustrada modestia de usted, es lo que afrenta á la estupidez de estas gentes; porque ellas son quienes debieran apresurarse á rendir á usted los homenajes que consagran á un ídolo grotesco...

—Pues velay, camará—dijo don Gonzalo, relamiéndose de gusto al oír á Lucas cantar en la cuerda que más le gustaba á él.—Y ¿qué le vamos á hacer!...

—¡Que qué le vamos á hacer?... Justicia seca, señor don Gonzalo; y muy pronto... como que no á otra cosa he venido yo á Coteruco.

—¿Tanto como eso, señor don Lucas!... ¡Já, já, qué humor de chico éste!

—Nada de broma, amigo mío; le juro á usted que esto es muy serio; y para que vea que no le adulo, le declaro que esa preeminencia que se le debe á usted en justicia, no es lo principal en mis propósitos, sino que la necesito para conseguirlos... la necesitamos... mejor dicho, la necesita la patria.

—¡Carambita, carambita!... explíquese más claro el amigo—dijo á esto don Gonzalo, dejando de reír y acercándose más á Lucas. Éste, después de afirmar los quevedos sobre la nariz, continuó:

—Ya le he pintado á usted el estado de fermentación en que se hallan los ánimos hoy, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA  
CALLE F. M. U. No. 125  
66100 MONTERREY, N. L.



le he demostrado la seguridad del próximo triunfo de nuestras ideas. Pues bien, ahora le confío, bajo la garantía de su honor, que al desenterrarme el Gobierno á este pueblo, recibí del centro revolucionario el encargo de preparar toda esta comarca para el gran suceso.

—¡Caspitina!...

—Claro es que mis trabajos han de comenzar por Coteruco, y mucho más claro todavía, que estos comienzos han de limitarse, por de pronto, á desembarazar el camino de todo género de obstáculos. Y ¿cuáles son estos obstáculos? Las viejas influencias, los injustificados prestigios... ¿Me entiende usted, señor don Gonzalo?

—¡Vaya si le entiendo!...

—¿Y lo aplaude?...

—Déjeme entenderle de todo, camará, y entonces hablaremos.

—Prosigo, pues. Los obstáculos de Coteruco tienen fortísimas y extensas raíces; para extirparlas, se necesita fuerza, habilidad y perseverancia. Declaro que poseo estas dos últimas cualidades; pero confieso también que me falta la primera... Por eso necesito que me la preste quien la tenga; y como usted la tiene, á usted se la pido.

—¡Á mí!—exclamó don Gonzalo frunciendo el entrecejo.—¡Quiere usted que yo mismo sea

quien!... Señor don Lucas, usted no me conoce.

—Señor don Gonzalo, no me ha dejado usted concluir. ¡Cómo me hace usted capaz de proponerle que vaya usted de casa en casa diciendo: «yo valgo más que don Román Pérez de la Llosía, y sé más teología que el cura y reclamo para mí el respeto que á éstos consagráis?» ¡No faltaba otra cosa!

—Pues ¿qué es lo que usted quiere?

—Quiero matar un prestigio con otro prestigio; quiero aniquilar un poder con otro poder, una fuerza con otra fuerza; quiero destruir una preocupación con una verdad; quiero, en suma, una bandera para mis ejércitos... Porque yo no me forjo ilusiones, señor don Gonzalo: yo sé que por donde quiera que vaya predicando la verdad y anunciando prosperidades á los incrédulos, han de reírse de mí, porque no tengo cincuenta mil duros que den peso y autoridad á mis palabras. Pero si enfrente de las ilusorias virtudes de ese filántropo ponemos las reales y positivas de usted; si al desenmascarar al farsante protector podemos ofrecer á los desengañados el apoyo efectivo y desinteresado de una persona como usted; si al derribar lo viejo y carcomido alzamos otra cosa nueva, potente y saludable, no podrá nadie, en buena justicia, tacharme de malévolo ni de envidioso, como aquí es uso y



costumbre; y la luz se hará, y Coteruco será nuestro.

—¡Vamos!...—dijo aquí don Gonzalo, revolviéndose impaciente en el sofá:—eso ya es distinto.

—Y cuando esto se haya conseguido—continuó Lucas, asediando sin tregua al indianete, —transformaremos en dos días el pueblo; le infundiremos nuestras creencias y nuestras esperanzas, y llevaremos el contagio á todo el valle; y cuando en él se sepa qué manos rigen el timón de la nave, vendrán á acogerse á ella todos los náufragos de la vieja fe.

—¡Canastillas!

—Y para entonces triunfará la gran causa; y diremos á los héroes que la hayan conducido á la victoria: «aquí está nuestro contingente de trabajo en bien de la libertad, y aquí el hombre á cuyo prestigio se debe la redención de este valle»...

—¡Caracolillos de mi vida!...

—Y sobre ese hombre se fijarán las miradas de los que residan en las alturas del poder, y le decretarán, como á los héroes de Roma, los honores del triunfo, y llegará á ser el árbitro de los destinos de su país.

—Cállese, Lucas, cállese, que la amistad le ciega.

—¡España habla por mi boca, señor don

Gonzalo!—exclamó el cojo, con entonación melodramática, descargando el último golpe sobre aquella mollera henchida de vanidades de relumbrón.—¿Comprende usted ahora por qué dije al principio que la patria exigía que reivindicase usted para sí la preeminencia que de justicia se le debe en Coteruco?

—¡Cascaritas, con el modo que tiene, camará, de ensartar las cosas! Pero dígame, y perdóne: en todo ese trabajo ¿qué me toca á mí hacer?... Porque supongo que no llegaremos tan arriba sin arrempujar algo con el hombro...

—Nada, ó poco más: adhesión pasiva á nuestros actos y á nuestros dichos, y sacrificar un poco, de vez en cuando, el vil ochavo.

Frunció la jeta el de la bata al oír esto, rasgóse la punta de la nariz, carraspeó y dijo á Lucas:

—Explíquese, amigo, sobre este último particular.

—¿Sobre el del ochavo?

—Ajá.

—Figúrese usted que á un aparcerero de *la otra casa* se le demuestra que el aparente beneficio que recibe de don Román, puede obtenerle real y positivo... de otra persona; que el aparcerero deja sus tierras y sus ganados, y toma otros que le da usted con mayores ventajas...

—Adelante.



—Tenemos ya el ejemplo de un desembolso.

—Es verdad.

—Podiera citar otros cien por el estilo.

—No hay para qué.

—No me negará usted que los desembolsos de esta clase son reproductivos.

—¡Pshe!...

—Necesitamos también, como base de todos nuestros trabajos, fundar una especie de cátedra.

—¡Hola!

—Sí, señor; una cátedra en que se predique incesantemente el descrédito de ciertas cosas y personas, manifestando la razón oculta de las unas y descubriendo los bastardos propósitos de las otras.

—¡Mire qué idea!

—Yo he observado, señor don Gonzalo, que al campesino más íntegro y de más honrada conciencia, se le hace tragar hasta la herejía si se le da disuelta en un vaso de vino regalado. Es, pues, indispensable que nuestra cátedra se establezca en la taberna, donde maestros en el arte de exornar el trago con toda la gárrula palabrería de los buenos bebedores públicos, sostengan vivo el fuego de la conspiración. De este modo conseguimos dos objetos á cual más importante: inculcar en estas gentes nuestros salvadores principios, y arrancarlas

de la esclavitud del trabajo para acostumbrarlas á pensar, á la lucha de las ideas... más claro, *corromperlas*, como dicen los hipócritas del antiguo régimen.

—¡Pero, don Lucas!...

—Mientras en la taberna se predica así, los ecos lo van repitiendo en el corro de los bolos, y en el pórtico de la Iglesia, y en el concejo, y en la mies... Y, desengañese usted, don Gonzalo, cuando las cosas se aseguran en tantos sitios á la vez, el hombre más terco vacila y cree.

—Es natural.

—Pues bien; esta cátedra demanda algún gasto... algo como cuenta corriente del tabernero con usted.

—¡Connmigo!...

—Ó con Patricio Rigüelta, por ejemplo... ó con su hijo ú otra persona de nuestra confianza, que al fin se entienda con usted.

—Ya me entero.

—Y cuando la obra se consume en Coteruco y sea llegada la hora de propagarla por los pueblos del valle, se necesitarán agentes discretos, proclamas, pasquines, auxilios á vacilantes menesterosos... ¿me entiende usted?

—¡Vaya si le entiendo!

—Pues también estos gastos son reproductivos... son como letra que recoge usted hoy



para reembolsarse, con pingües beneficios, el día del triunfo definitivo.

—Y dígame, señor don Lucas—preguntó don Gonzalo, nada risueño, después de sobarse mucho las manos y de tener fija en ellas la vista,—¿ha pensado, por ventura, en las quiebras del negocio?

—No las tiene—aseguró con el mayor aplomo el estudiante.

—Pues, así y todo... no me conviene—dijo don Gonzalo con resolución.

—¡Que no!—clamó Lucas, alzando las manos sobre su cabeza en señal de asombro.

—Andandito que no.

—Pero ¿por qué?

—Porque... porque ya le he dicho, camará, que no soy tentado de la bambolla; que no quiero guerra ni que por mí se indisponga la gente: el que más valga, buen provecho le haga y con Dios se vea.

—Pero, don Gonzalo, ¿y nuestra obra regeneradora? ¿y el triunfo de nuestra causa, y?...

—Créame, don Lucas: todo lo que por esa causa trabaje Coteruco, y la carabina de Ambrosio, pata.

—¡Incrédulo!—exclamó el mozalbete afectando pesadumbre.

—La verdad por delante, amigo mío: las ideas me gustan y el triunfo le deseo; pero los

cálculos fallan... y el que lo tiene lo pierde.

—¿Y si no fallan?

—Acuérdese de que la autoridad le vigila, y cuente que sus pasos han de ser seguidos.

—Pero usted queda siempre á cubierto.

—Por el rastro se da con la liebre, camará.

—Señor don Gonzalo, las grandes empresas exigen algún riesgo.

—El que está bien en su casa, no debe meterse á gobernar la ajena.

—La posición impone deberes...

—No se canse, don Lucas, que, *por ahora*, no resuelvo nada.

Lucas leía en la mente de su interlocutor, como si estuviera metido en ella. Don Gonzalo quería la batalla en Coteruco, pero presenciándola desde su balcón; quería mucho más el triunfo de la pintada conjuración en el valle, y aparecer entonces al frente de los triunfadores para que sobre él lloviesen cargos y preeminencias de honor; pero no quería arriesgar un cuarto en la empresa, ni aparecer ligado con su persona á los promovedores del trastorno, por miedo á las consecuencias de un fracaso, demasiado probable á sus ojos. Leyendo todo esto Lucas en la mente de don Gonzalo, comprendió que era inútil insistir en aquel momento en arrancar al indiano una declaración terminante de adhesión á sus proyec-



tos; pero convencido también de que don Gonzalo había mordido el cebo echado á sus infladas vanidades de carácter, propúsose atacarlas de otro modo más indirecto y seguro, en ocasión oportuna, y se levantó diciendo á don Gonzalo, al mismo tiempo que le tendía la diestra:

—Admiro y respeto esas dudas que le impiden á usted adherirse desde ahora á mis planes; pero confío en que, meditando sobre ellas, el propio convencimiento ha de completar la obra que dejan empezada mis pobres argumentos.

—De menos nos hizo Dios, camará—respondió don Gonzalo, mientras, sin soltar la mano de Lucas, le conducía hasta la escalera, bañando toda su cara en una inmensa sonrisa.

De vuelta en la sala, quedóse pensativo largo rato; después se dió una palmada en la frente, como si se le ocurriera una gran idea, y envió á llamar á Patricio Rigüelta.

Mientras éste llegaba, el indianete, contemplándose en el espejo, decía para su bata rayada:

—Á lo que se ve, esta gente necesita de mí. Si me entrego á ellos, visto está quién ha de pagar el pato en un lance desgraciado; además de que á mí no me cuadra, por razones que sabe bien este corazoncito (aquí suspiró don Gonzalo), romper de lleno con ciertas personas.

Lo que me conviene es sacar la sardina con la mano del gato, y eso es lo que voy á hacer. El demonio me lleve si se me había ocurrido idea tan amoldada á mis deseos. Vea usted cómo donde menos se piensa... Pero este Lucas es una ventisca que todo lo esparce, y puede comprometerme á lo mejor... Patricio, con tener peor intención, es más sereno en el golpe, y menos sospechoso. Le diré lo que me pasa, tocando el cielo con las manos; y como es hombre que entiende á media palabra, él hará cuanto sea necesario para conseguir lo que pretende Lucas: yo quedo á cubierto de toda sospecha... y hasta iré á denunciar la conspiración á la otra casa ¡sí señor que iré! y ofreceré mi amparo, y me agradecerán el servicio... y seguirá la bola rodando por el pueblo, y creciendo y creciendo, y la gente revoltosa empujándola sin cesar, porque esa gente necesita de mí... ¡Al fin, se te hace justicia, Gonzalillo; ya se te busca; ya la luz de tu importancia alumbra á estos ignorantes; Coteruco va á ser tuyo, y el valle entero te saluda, y te aclamará mañana como á su rey y señor!

Tomó, tras estas palabras, marciales actitudes por vía de ensayo, hasta que, oyendo en la escalera la voz de Patricio, hízose el escandalizado y el ofendido, y en tal guisa recibió al trapisonalista.





## VIII.

### LOS PRIMEROS MIASMAS.

**R**ASARON días, y todo era calma y tranquilidad en Coteruco. El estudiante parecía un modelo de juicio y de cordura: á cada veinticuatro horas se presentaba al alcalde, como le estaba ordenado, y se le veía muy de continuo con don Gonzalo en el jardincillo de éste, matando *lumiacos* y caracoles, ó ayudándole á preparar terreno al abrigo de nortes y vendavales, para hacer semilleros. Alguna que otra vez paseaba con Gildo por la mies; pero lenta y sosegadamente, sin los aspavientos y manoteos que eran en él señales infalibles de que andaba á vueltas con sus filosofías enrevesadas y sus políticas tumultuosas. Patricio, consagrado con rara asiduidad á sus industrias, era una malva; Gildo acompañaba á su padre cuando no paseaba pacíficamente con Lucas; y en cuanto á don Gonzalo, notorio era en el pueblo que sólo se



preocupaba con comprar tierras y ganados para darlos en renta y en aparcería, con ventajas inusitadas en el valle para *llevadores* y aparceros. Ni siquiera visitaba á Osmunda, ó lo hacía muy de tarde en tarde, motivo por el cual hasta la infanzona había puesto freno á su lengua y hecho un alto en su fiebre difamadora.

La entrada de la cuaresma no contribuyó poco á esta calma extraordinaria del ya, de suyo, calmoso y apacible vecindario de Coteruco. Era allí costumbre tradicional celebrar durante ese tiempo y en las primeras horas de la noche, cristianos ejercicios en la Iglesia, con los cuales, compuestos de pláticas, rosario y examen de catecismo, preparaba el párroco á sus feligreses para el cumplimiento pascual. Por eso la entrada de la cuaresma era la señal de cerrarse (como diría un revistero elegante de los salones de Madrid) la *distinguida* cocina de don Román.

Como de costumbre, don Frutos tocaba la campana poco después de anochecido; y tampoco en esta ocasión necesitó repetir la llamada, porque la gente acudía placentera y obediente... hasta hay quien asegura haber visto, en las primeras noches, á Lucas y á don Gonzalo, sentados debajo del coro con la mayor compostura, oyendo las pláticas de don Frutos. Ni lo confirmo ni lo niego; pero lo con-

signo para que se vea hasta qué punto reinaba la tranquilidad en Coteruco en los comienzos del mes de marzo de aquel año memorable.

Mediando estaba, cuando dió en hablarse por el pueblo de un empeñado partido á *la flor de cuarenta*, que se jugaba desde dos noches antes en la taberna, entre Patricio y Barriluco, contra un tal Facio Lindones y otro, su compañero, Polinar Trichorias; es decir, entre los cuatro bebedores de más *saque*, y floristas más diestros de Coteruco y sus contornos. Pero no era esto lo grave. Éralo, y mucho, el que, según noticias, se jugaba nada menos que una becerra, que había de comerse guisada, en las pascuas de abril, con el aditamento de tres arrobas de patatas, pan y vino á discreción, al cual banquete habían de asistir hasta treinta convidados entre los más asiduos concurrentes á la batalla. Ésta había de durar quince noches consecutivas, al fin de las cuales se haría una liquidación general, y los compañeros que salieran alcanzados en ella, pagarían la salsa; porque es de saberse que las tajadas, ó sea la becerra, la regalaba Patricio, de las varias que tenía para el abasto de carnes, del cual era rematante. Las mujeres empezaron á lamentarse del mal ejemplo que con esto se daba á sus maridos y á todos los hombres de bien. Díjose luego que varios de unos y de otros, llevados



quién de la curiosidad, quién del olor del convite prometido, concurrían en excesivo número á presenciar la batalla, y que durante ella se bebía no poco á buena cuenta, y se oía lo que no eran bendiciones; porque es de saberse también que los cuatro combatientes eran tan famosos en el pueblo por su decir sin trabas ni pelos en la lengua, como por su beber sin calo ni medida.

De Barriluco, en el mero hecho de jugar á asociado con Rigüelta, suponíase que éste cargaría con su escote, en el caso de perder ambos la partida; pero á Facio y Polinar, sin oficio ni beneficio, vagos perdurables, desacreditados hasta el punto de que nadie quería darles una heredad á renta ni una res en aparcería, ¿quién los garantizaba en un caso desgraciado? ¿Cómo el tabernero, cuya desconfianza era proverbial en Coteruco, les servía jarro tras de jarro, á cuenta de los perdidosos, y, con cargo á la misma, convidaba á los espectadores? ¿Habría perdido el juicio el tabernero? ¿Habrían descubierto los jugadores alguna mina de onzas acuñadas? ¿Andaba en todo ello alguna mano pródiga y sutil, que pagara el gasto y dirigiera el partido?

Nada de esto era creíble, y, sin embargo, el hecho era notorio: el partido existía en plena cuaresma; el vaso circulaba á discreción

entre los jugadores y entre los curiosos, que cada noche aumentaban en número; y mientras se bebía y se jugaba, se hacían irreverentes y mordaces alusiones á determinadas cosas y personas, dignas del mayor respeto. Testigos de intachable formalidad, enviados á la taberna exprefeso, lo declararon así.

Don Frutos observó que al mismo tiempo que estos rumores crecían, menguaba la concurrencia de hombres á la Iglesia, por la noche. Alarmóse el buen párroco, y se acercó un día al tabernero para recordarle la obligación en que estaba de hacer un esfuerzo para poner coto á aquel desmán que podía concluir en un escándalo, sin ejemplo en tan morigerado vecindario. Negó el tabernero la gravedad supuesta al caso. En su concepto, los cuatro jugadores estaban mejor en su establecimiento á aquellas horas que profanando la Iglesia con irreverencias y desenvolturas, como lo tenían por costumbre, y era la verdad, las pocas veces que en ella entraban. Lo de la becerra eran dichos de la gente, y podía comerse ó no comerse en la pascua; y en cuanto á los curiosos, se reducían á unos pocos que, al pasar por delante de la taberna, entraban, se detenían un instante á comprar lo que necesitaban, después de dar un vistazo á la mesa de juego, y se marchaban sin despegar los labios.



Don Frutos halló poco tranquilizadoras estas explicaciones, y expuso sus inquietudes al alcalde; pero el celoso representante de la autoridad, que no era ciertamente el menos asiduo de los concurrentes al espectáculo, respondió al cura que mientras la taberna siguiera cerrándose antes de las diez, y no hubiera en ella ruidos ni camorras, no juzgaba prudente ni equitativo prohibir aquella reunión de inofensivos ciudadanos.

Tampoco podía tranquilizar al buen párroco esta evasiva respuesta; juzgola, por el contrario, alarmante en grado sumo, y se acercó á don Román para pedirle su opinión sobre el caso. Conocíale el caballero en todos sus pormenores, y menos gracia le hacía cuanto más le examinaba. Pero si el tabernero negaba la gravedad de los sucesos, y el alcalde se ponía de parte de los jugadores, y los pocos de sus tertulianos, que *por casualidad* habían presenciado alguna noche la partida, no cesaban de lamentarse del mal ejemplo que en la taberna se estaba dando, ¿qué había de hacer el buen Pérez de la Llosía? Lamentarse también de lo que pasaba y no decir á nadie la mitad de lo que su ojo sutil veía en la trama de aquella *casualidad*, en lo presente, y columbraba en lo porvenir, si el mal adquiriría desarrollo, ó no se ahogaba en su misma pestilencia.

Don Frutos renunció á todo propósito de atacarle en su guarida, y le acometió denodadamente en sus pláticas nocturnas; pero los claros de su auditorio no se llenaban; antes bien se extendían, al paso que aumentaba cada noche el público de la taberna con los desertores de la Iglesia.

